

## Persona, sociedad, estado

La Editorial Cuadernos para el Diálogo acaba de publicar esta importante obra de Gregorio Peces-Barba, donde expone el pensamiento social y político de Maritain. Es un trabajo serio, documentado y profundo, escrito con cariño de discípulo y pluma de didacta. Obras así, aunque parecen desplazadas del lector usual, tienen un evidente interés para todos. Maritain ha sido la gran figura de la primera mitad de este siglo. Porque el año 1906 él y su mujer fueron bautizados, siendo su padrino el famoso católico inconformista Leon Bloy. Y, a partir de esta fecha, todo el pensamiento católico es influido por esta aguda inteligencia, que perdida al principio en la asepsia de la Universidad de la Sorbona, centra después sus inquietudes en dos polos: la fe cristiana y la razón realista.

Ahora que intelectualmente hay una gran inclinación hacia la filosofía marxista (que es un realismo), no hemos de olvidar que la filosofía, tanto política como cultural, de Maritain es una filosofía realista que no quiere perder contacto ni con los objetos ni con las personas concretas. La parte más endeble del pensamiento maritainiano es su metafísica excesivamente

encerrada en la camisa de fuerza del tomismo, a pesar de la inteligencia de este filósofo cristiano que le hace frecuentemente superar los estrechos límites del pensamiento en que se inspira. Nuestro país fue pródigo en ataques a Maritain después de nuestra guerra civil, incluso hasta hace muy poco. Solamente la publicación de la obra más endeble de este pensador, «El campesino del Garona», hizo que los católicos a machamartillo y los retrógrados integristas volvieran a ocuparse de Maritain, esta vez en forma laudatoria, por ese escrito de circunstancias que realmente no es muy feliz, y que resulta muy poco coherente con el pensamiento de la mayor parte de su obra.

Peces-Barba ha sabido sacar el máximo provecho de la filosofía política de Maritain, que es una democracia moderna y nada clerical, porque toda ella está basada en el ejercicio estricto de la razón. Naturalmente que hay en el fondo siempre una inspiración cristiana, pero sin afán de imposición ni de dominio de lo religioso sobre lo humano.

De cara a un futuro abierto en nuestra sociedad, entiendo que la lectura del libro de Peces-Barba es utilísima para darnos unos esquemas básicos de apertura sólida y de convivencia abierta a todos. Su reflexión, en estos tiempos de verano, será necesaria para no decaer psicológicamente

en el desánimo social que, a veces, nos invade. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

## CANCION

### Cecilia y su fauna

A sus veintitrés años. Cecilia cuenta en el mercado con un insuficiente y anecdótico «single», aparecido hace aproximadamente un año, y con un LP reciente. LP interesante, promocionado exhaustivamente por su casa grabadora, y ante el que buena parte de la crítica ha mostrado un entusiasmo quizá excesivo. Once canciones, de las cuales diez le pertenecen en su totalidad, nueve títulos en castellano y dos en inglés, forman esta primera experiencia todavía balbuceante, pero con atisbos de interés. Cecilia llega a la canción con una base musical inspirada en el «folk» americano, base bien asimilada que compagina con unos



textos en castellano plagados, como en toda ópera prima, de influencias buenas y malas, de cuya decantación en buena parte depende su futuro como cantante, futuro para el que quizá resulte perjudicial este entusiasmo inicial que muestra la crítica, entusiasmo poco propenso al análisis, aunque disculpable, dada la escasez de este tipo de producciones.

Cecilia, debutante, ha dado a la luz sus primeras canciones, a medio camino entre la ingenuidad de su construcción y la madurez

de algunos de sus temas. Un poco verde todavía en las lides literarias, a Cecilia le preocupa más el fondo que la forma en sus letras, y de vez en cuando se escapa algún verso cojo, algún ripio, cierta banalidad en las canciones de amor, atemperada por la frescura de su inspiración sencilla y sin recovecos. La crítica implícita en sus textos va dirigida a personajes muy concretos, un poco tópicos de la alta burguesía, con referencias a la socorrida calle de Serrano y su fauna. Sin embargo, Cecilia parece moverse con soltura en esta te-

## TRES RECITALES DE SERRAT PARA SUS «FANS» DE MADRID

De diez a doce mil personas en cada actuación asistieron, en el teatro del Parque de Atracciones, en la Casa de Campo, de Madrid, a los recitales de Joan Manuel Serrat. Tres días consecutivos, 11, 12 y 13 de julio, en sesiones de tarde y noche y con entrada gra-

tuita al teatro, Serrat cantó por espacio de una hora en cada recital. De esta manera, Joan Manuel se reconcilió con sus fans y con la juventud de Madrid, que el verano pasado habían criticado el hecho de que sus únicas actuaciones en la ca-

pital hubieran tenido lugar en Florida, una «sala de fiestas» cara del Parque del Retiro. El «chico de barrio» de Barcelona cantó para los chicos de los barrios de Madrid. Y las «chavallas» y los «chorvos» madrileños aplaudieron entusiás-

ticamente sus interpretaciones. Hubo algún incidente expresivo. Una muchacha logró burlar la vigilancia de los guardias y consiguió abrazar al cantante. Otra chica tuvo menos suerte, y al intentar subir al escenario se dio un chapuzón en

la fuente que separa la escena del público. Joan Manuel quiso que sus recitales fueran lo menos «comerciales» posible, y cantó, aparte de algunas canciones suyas, poemas de Salvat-Papasseit, Machado, Violeta Parra y Miguel Hernández.





mática, depositando frecuentes dosis de mala uva, con cierta acritud inesperada en sus comparaciones zootécnicas (loros, urracas, gallos, pavos reales), fustigando en superficie hipocrasias y tapujos en un sano ardor desmitificador y en cierta forma audaz. Lástima que los arreglos de Juan Carlos Calderón suavicen con su grandilocuencia algunos perfiles y diluyan en parte las buenas intenciones de la nueva autora, a la que, sin duda, hay que comenzar a tener en cuenta a pesar de sus lógicas, casi necesarias imperfecciones de un primer disco. ■ MONCHO ALPUENTE.

## TEATRO

### Una edición de «Tres sombreros de copa»

Anaya ha confiado a Jorge Rodríguez Padrón, estudioso avecinado en Las Palmas de Gran Canaria, una nueva edición de la más celebrada de las obras de Miguel Mihura. El largo prólogo, atento a cuanto se ha escrito hasta la fecha sobre Mihura y sobre «Tres

sombreros de copa», resume, con precisión, las razones que han hecho del humorista y de la obra en cuestión un elemento relevante dentro del panorama teatral español de una época.

Por lo demás, y sin que ello signifique apuntarse a un riguroso determinismo sociológico de toda obra de arte, no deja de incitar a la reflexión el hecho de que «Tres sombreros de copa» pareciera poco interesante al público y crítica latinoamericana cuando, hace dos o tres años, la llevó en su jira la Titular del María Guerrero. La reflexión obligada en relación con el entusiasmo que esa misma obra provocó en los sectores españoles más sensibilizados, sería que «Tres sombreros de copa» está cargada de significaciones y de rupturas, que encuentran todo un sentido en nuestro proceso histórico-cultural. Bien está que Ionesco haya cantado las excelencias de «Tres sombreros de copa»; pero es seguro que jamás podría alcanzar las razones de esa admiración apasionada de la que Jorge Rodríguez Padrón es, por ahora, el último testimonio. Una admiración que, por ejemplo, resulta muy difícil en medios más vitales y menos represivos que el nuestro. La ilusoria rebelión de Dionisio, su claudicación final, y la lista de «odiosos señores» que esclavizan a Paula, aparte de la libertad formal de la pieza, son trazos que iluminan nuestra realidad, que adquieren gracias a ella una significación y un patetismo muy concretos.

No sé si en el futuro —y quizá sea esclarecedor el hecho de que, al menos durante algún tiempo, el Mihura más «acomodado» pareció contemplar con recelo la escandalosamente celebrada comedia— «Tres sombreros de copa» seguirá teniendo la significación que ha tenido para varias generaciones de españoles. No sé si las irritaciones y entusiasmos que ha provocado serán olvidados. Lo que no hay duda es que quien no entienda esta comedia no entenderá un cuarto de siglo de «intrahistoria» española. ■ JOSE MONLEON.

## CINE

### Un festival bastante imposible

«Los festivales no cuestan nada y rinden una barbaridad. Efectivamente, hay que hacer unas pequeñas inversiones, pero que se convierten en grandes beneficios publicitarios. Hace unos años hicimos unos cálculos de acuerdo con las revistas recibidas —que no eran su totalidad—, y teniendo como base unas tablas publicitarias, suponía siete veces más de lo que costaba el festival, y sobre todo, medios informativos, que nunca, a ningún precio, se hubieran ocupado de España, lo hacían como consecuencia de la celebración del festival. Estas son declaraciones del director del festival («Pueblo», 6 de junio), que resumen genialmente una de las razones del Festival de San Sebastián, que él dirige. La convocatoria número XX, con los consiguientes festejos y zarzandas que se celebran estos días, es también una fiestecita casera, que debe servir, como dice el director del festival, para que la fiesta sea recogida en todo el mundo. Pero, al margen de esto, si se quiere además guardar alguna relación con el mundo del cine, ser un

reflejo del cine que se hace en el mundo, tener una repercusión cultural en el panorama cinematográfico español (supongo que hasta internacional), el festejo no es ya sólo una pretensión vana, sino hasta un chiste.

Vayamos por partes: De un lado, un festival organizado por personas que están convencidas de que lo que hacen es lo mejor del mundo (así se deduce de entrevistas, declaraciones y artículos), tiene pocas posibilidades de ser algo serio. Si a ello se añade una información cinematográfica deficiente (aunque, eso sí, superior a la del público, al que preferentemente se dirige, motivada por el subdesarrollado panorama cinematográfico nacional de cada día), si a ello se añade también la dura censura que, por cuenta propia o de la conocida organización encargada de tal menester, debe soportar (censura que no sólo se limita a las exhibiciones en el circuito del Festival, sino, lo que es peor, a la exhibición posterior de las mismas películas en los circuitos comerciales españoles —ello ha llevado a veces a la paradoja de premiar películas que

luego no se han podido exhibir normalmente—), y el lógico desinterés de productores y distribuidores internacionales, que prefieren enviar sus películas a certámenes de mayor resonancia, tendremos unas cuantas razones para entender por qué el festival de San Sebastián no puede llegar a ser un festival realmente importante. En resumen, no es posible en un país donde no hay cine hacer un Festival de Cine. En un lugar donde no existe interés por el cine, pensar en convocar una reunión internacional dedicada a él.

Pero este año —el año XX—, a juzgar por los seis días que llevamos ya, las cosas están llegando a grados nunca vistos. Los periodistas y críticos trasladados a San Sebastián comentan en su mayoría, entre bostezos, el increíble aburrimiento que produce no ya sólo ver películas malas, sino no tener películas que ver. Únicamente en la inauguración del Festival se proyectó un film importante: «Junior Bonner», de Sam Peckinpah, del que hablaremos más detenidamente la semana próxima. El resto es, más o menos, como cualquier cartelera

«Junior Bonner», de Sam Peckinpah, la única obra importante presentada hasta el momento en el Festival de San Sebastián.

